

LA ORACIÓN DEL REDENTOR

Volumen 1 – Sermón No. 188

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 18 DE ABRIL DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”

Juan 17:24

Cuando el Sumo Sacerdote de antaño entraba en el lugar santísimo, encendía el incienso en su incensario y, agitándolo delante de él, perfumaba el aire con su dulce fragancia, y velaba el propiciatorio con la densidad de su humo. Así fue escrito acerca de él: “Tomará un incensario lleno de brasas de fuego del altar delante del Señor, y sus manos llenas de incienso aromático, y lo llevará dentro del velo, y él pondrá el incienso sobre el fuego delante de Jehová, para que la nube del incienso cubra el propiciatorio que está sobre el testimonio, para que no muera”.

Así también nuestro Señor Jesucristo, cuando quiso entrar una vez por todas dentro del velo con su propia sangre para hacer expiación por el pecado, primero ofreció fuertes clamores y oraciones. En este capítulo 17 de Juan, tenemos, por así decirlo, el humo del incensario sacerdotal del Salvador. Oró por el pueblo por el que estaba a punto de morir, y antes de rociarlos con su sangre, los santificó con sus súplicas. Esta oración, por lo tanto, se destaca en las Sagradas Escrituras como el Padrenuestro, la oración especial y peculiar de nuestro Señor Jesucristo.

Y “sí”, como dice un antiguo teólogo, “si es lícito preferir una Escritura más que otra, podemos decir, aunque todo es oro, sin embargo, esto es una perla en el oro, aunque todo es como los cielos, esto es como el sol y las estrellas”. O si una parte de la Escritura es más querida para el creyente que cualquier otra, debe ser esta la que contiene la última oración de su Maestro antes de atravesar el velo rasgado de su propio cuerpo crucificado. ¡Qué dulce es ver que no él mismo, sino su pueblo, constituía el foco principal de su oración! Él oró por sí mismo, dijo: “¡Padre, glorifícame!” pero mientras tenía una oración para sí mismo, tenía muchas para su pueblo. Continuamente oraba por ellos: “¡Padre, santifícalos!” “¡Padre, guárdalos!” “¡Padre, hazlos uno!”

Y luego concluyó su súplica con: "Padre, quiero que también aquellos que me has dado, quédate conmigo donde yo estoy". Melancton bien dijo que nunca hubo una voz más excelente, más santa, más fecunda y más afectuosa jamás escuchada en el cielo o en la tierra, que esta oración.

Primero notaremos el estilo de la oración; en segundo lugar, las personas involucradas en ella; y, en tercer lugar, las grandes peticiones ofrecidas, constituyendo el último punto la parte principal de nuestro sermón.

Primero, noten EL ESTILO DE LA ORACIÓN, es singular: es, "Padre, yo quiero". Ahora bien, solo puedo concebir que hay algo más en la expresión "quiero" que un mero deseo. Me parece que cuando Jesús dijo "quiero", aunque tal vez no sea correcto decir que hizo una demanda, podemos decir que apelaba a la autoridad, pidiendo lo que sabía que era suyo. y pronunciando un "Yo haré" tan potente como cualquier decreto que alguna vez brotó de los labios del Todopoderoso. "Padre, lo haré". Es algo inusual encontrar a Jesucristo diciéndole a Dios: "Lo haré".

Sabéis que antes de que nacieran los montes, se dijo de Cristo: "Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí". Y encontramos mientras estuvo en la tierra, que nunca mencionó Su propia voluntad, que declaró expresamente: "No he venido para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió". Es cierto que lo escuchas cuando se dirige a los hombres, diciendo "Quiero", porque dice: "Quiero, sé limpio", pero en sus oraciones a su Padre oraba con toda humildad:

***"Con suspiros y gemidos Él ofreció,
Su humilde petición abajo".***

"Lo haré", por lo tanto, parece ser una excepción a la regla, pero debemos recordar que Cristo estaba ahora en una condición excepcional. Nunca antes había estado donde estaba ahora. Ahora había llegado al final de su trabajo, podría decir: "He terminado la obra que me diste que hiciera", y, por lo tanto, esperando el momento en que el sacrificio esté completo y él ascienda a lo alto, ve que su obra está hecha, y toma su propia voluntad de nuevo y dice: "Padre, lo haré". Ahora, nota, que tal oración sería totalmente impropia en nuestros labios. Nunca debemos decir: "Padre, lo haré". Nuestra oración debe ser: "No se haga mi voluntad, sino la tuya".

Debemos mencionar nuestros deseos, pero nuestras voluntades deben sumergirse en la voluntad de Dios. Debemos sentir que mientras es nuestro desear, es de Dios la voluntad. Pero qué agradable, repito, es encontrar al Salvador suplicando con tal autoridad, porque esto pone el sello de certeza en su oración.

Todo lo que haya pedido en ese capítulo, lo tendrá sin lugar a dudas. En otras ocasiones, cuando abogó como Mediador, en su humildad fue eminentemente exitoso en sus intercesiones, cuánto más prevalecerá su oración ahora que toma para sí su gran poder, y con autoridad clama: "Padre, quiero". Me encanta esa apertura a la oración, es una bendita garantía de su cumplimiento, haciéndola tan cierta, que ahora podemos mirar la oración de Cristo como una promesa que se cumplirá con certeza.

2. Esto en cuanto al estilo de la oración, y ahora notamos **A LAS PERSONAS POR LAS QUE ORÓ:** "Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo". Esta no era una oración universal. Era una oración que incluía dentro de ella a cierta clase y porción de la humanidad, que son designados como "aquellos que el Padre le había dado". Ahora se nos enseña a creer que Dios Padre, desde antes de la fundación del mundo, dio a su Hijo Jesucristo, un número que nadie puede contar, que habría de ser la recompensa de su muerte, la compra del trabajo de su alma, quienes serían llevados infaliblemente a la gloria eterna por los méritos de su pasión y el poder de su resurrección.

Estas son las personas a las que aquí se hace referencia. A veces en la Escritura se les llama los elegidos, porque cuando el Padre se los dio a Cristo, Él los escogió de entre los hombres. En otras ocasiones se les llama los amados, porque el amor de Dios fue puesto sobre ellos desde la antigüedad. Se llaman Israel, porque como Israel de antaño, son un pueblo escogido, una generación real. Son llamados la herencia de Dios, porque son especialmente queridos en el corazón de Dios, y como un hombre cuida su herencia y su porción, así el Señor cuida especialmente de ellos.

Que no se me malinterprete. El pueblo por el que Cristo ora aquí, son aquellos a quienes Dios Padre, por su propio amor gratuito y soberano beneplácito, ordenó a la vida eterna, y que, para que se cumpliera su designio, fueron entregados en las manos de Cristo Mediador, por él para ser redimidos, santificados y perfeccionados, y por él para ser glorificados eternamente. Estas personas, y no otras, son el objeto de la oración de nuestro Salvador. No me corresponde a mí defender la doctrina, es escritural, esa es mi única defensa. No me corresponde a mí vindicar a Dios de cualquier acusación profana de parcialidad o injusticia. Si hay alguien lo suficientemente malvado como para imputarle esto, que arregle el asunto con su Hacedor. Que la cosa formada, si tiene bastante arrogancia, diga al que la formó: "¿Por qué me has hecho así?" No soy un apologista de Dios, no necesita defensor. "¿Quién eres tú, oh hombre, que replicas contra Dios? ¿No tiene potestad sobre el barro, como el alfarero, para hacer un vaso para honra y otro para deshonra?"

En lugar de discutir, indagemos quiénes son estas personas. ¿Pertenece a ellos? ¡Vaya! que cada corazón plantee ahora la pregunta solemne: "¿Estoy incluido en esa multitud feliz a quien Dios el Padre dio a Cristo? Amado, no puedo decírtelo con solo oír tus nombres, pero si conozco tu carácter, puedo decírtelo de manera decisiva, o más bien, no necesitarás que te lo digan, porque el Espíritu Santo dará testimonio en tu corazón de que estás entre el número. Responda a esta pregunta: ¿Se han entregado a Cristo? ¿Has sido llevado, por el poder constrictivo de su propio amor libre, a hacer una entrega voluntaria de ti mismo a él?

¿Has dicho: "Oh Señor, otros señores se han enseñoreado de mí, pero ahora los rechazo, y me entrego a ti".

***"Otro refugio no tengo;
pende mi alma necesitada de Ti"***

"Y como no tengo otro refugio, tampoco tengo otro señor. Yo valgo poco, pero tal como soy, te doy todo lo que tengo y todo lo que soy. Es verdad, nunca valía la pena que me compraras, pero ya que me has comprado, me tendrás. Señor, me entrego por completo a ti?" Pues alma, si has hecho esto, si te has entregado a Cristo, es sólo el resultado de aquella antigua concesión que Jehová hizo a su Hijo mucho antes de que se hicieran los mundos. Y, una vez más, ¿puedes sentirte hoy que eres de Cristo? Si no puedes recordar el momento en que te buscó y te trajo a sí mismo, ¿puedes decir con el esposo: "Yo soy de mi Amado"?

¿Puedes decir ahora desde lo más profundo de tu alma: "¿A quién tengo en los cielos sino a ti, y no hay nadie en la tierra que desee fuera de ti?" Si es así, no os preocupéis por la elección, no hay nada problemático en la elección para ti. El que cree es elegido, el que es dado a Cristo ahora, fue dado a Cristo desde antes de la fundación del mundo. No es necesario que discutáis los decretos divinos, sino sentaos y sacad miel de esta roca, y vino de este pedernal. Oh, es una doctrina dura, muy dura para un hombre que no tiene interés en ella, pero cuando un hombre tiene un título una vez, entonces es como la roca en el desierto, fluye con agua refrescante de la que miríadas pueden beber y nunca más tener sed.

Bien dice la Iglesia de Inglaterra de esa doctrina: "Está llena de dulce, placentero e inefable consuelo para las personas piadosas". Y aunque es como la roca de Tarpeya, desde donde muchos malhechores han sido estrellados en pedazos en presunción, sin embargo, es como Pisga, desde cuya alta cumbre se pueden ver a lo lejos las agujas del cielo. Otra vez os digo, no os desaniméis, ni se desconsuelen vuestros corazones. Si estáis entregados a Cristo ahora, estáis entre los felices por quienes Él intercede arriba, y seréis reunidos entre la multitud gloriosa, para estar con Él donde esté y contemplar Su gloria.

3. Paso muy brevemente sobre estos dos puntos, porque deseo detenerme en el tercero, que hace referencia a: LAS PETICIONES QUE OFRECE EL SALVADOR. Cristo oró, si entiendo su oración, por tres cosas: cosas que constituyen el gozo más grande del Cielo, el empleo más dulce del Cielo y el privilegio más alto del Cielo.

La primera gran cosa por la que oró es el mayor gozo del cielo: "Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo". Si te fijas, cada palabra de la oración es necesaria para su significado. Él no dice: "Ruego que aquellos que me has dado estén donde yo estoy", sino, "conmigo donde estoy". Y no ora solamente para que estén con él, sino para que estén con él en el mismo lugar donde él está. ¡Y nota! no dijo que deseaba que Su pueblo estuviera en el cielo, sino con Él en el cielo, porque eso hace del cielo, el cielo. Es la esencia misma del cielo estar con Cristo.

El cielo sin Cristo sería sólo un lugar vacío, perdería su felicidad, sería un arpa sin cuerdas, y ¿dónde estaría la música? Un mar sin agua, un verdadero estanque de Tántalo. Entonces oró para que pudiéramos estar con Cristo, esa es nuestra compañía, con él, donde está, esa es nuestra posición. Parece como si nos dijera que el cielo es tanto una condición como un estado, en la compañía de Cristo y en el lugar donde está Cristo.

Podría, si quisiera, extenderme mucho sobre estos puntos, pero solo tiro la materia prima de algunos pensamientos que les proporcionarán temas para la meditación de la tarde. Hagamos ahora una pausa y pensemos cuán dulce es esta oración, comparándola con nuestros logros en la tierra. "Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo". ¡Ay! hermanos y hermanas, sabemos un poco de lo que es estar con Cristo. Hay algunos momentos felices, dulces pausas entre el estruendo de las continuas batallas de esta vida cansada, hay algunos momentos suaves, como lechos de descanso, en los que descansamos. Hay momentos en que nuestro Maestro viene a nosotros y nos hace, o incluso antes de que nos demos cuenta, como los carros de Aminadab. Es verdad, no hemos sido arrebatados hasta el tercer cielo, como Pablo, para oír palabras que no nos es lícito pronunciar, pero a veces hemos pensado que el tercer cielo ha bajado a nosotros.

A veces me he dicho dentro de mí: "Bueno, si esto no es el cielo, está próximo", y hemos pensado que vivíamos en las afueras de la ciudad celestial. Estabas en esa tierra, que Bunyan llama la tierra de Beula. Estabas tan cerca del cielo, que los ángeles revolotearon a través del arroyo y te trajeron ramos de mirra dulce y manojos de incienso, que crecían en los lechos de especias en las colinas, y los apretaste contra tu corazón y dijiste con la esposa: "Un manojito de mirra, es mi bien Amado para mí, dormiré toda la noche entre mis pechos", porque estoy embelesado con su amor, y lleno de sus delicias. Se ha hecho cercano a mí, ha descubierto su rostro y ha mostrado todo su amor.

Pero, amados, mientras esto nos da un anticipo del cielo, sin embargo, podemos usar nuestro estado en la tierra como un completo contraste con el estado de los glorificados arriba. Porque aquí, cuando vemos a nuestro Maestro, es sólo a la distancia. A veces pensamos que estamos en su compañía, pero aun así no podemos dejar de sentir que existe un gran abismo entre nosotros, incluso cuando nos acercamos a él. Hablamos, ya sabes, acerca de recostar nuestra cabeza sobre su pecho y sentarnos a sus pies, ¡pero Ay! después de todo, la encontramos muy metafórica, comparada con la realidad que disfrutaremos más arriba. Hemos visto su rostro, confiamos en que a veces hemos mirado dentro de su corazón y probado que es amable, pero aún nos separan largas noches de oscuridad.

Hemos llorado una y otra vez con la novia "¡Oh, si tú fueras como un hermano mío Que mamó los pechos de mi madre! Entonces, hallándote fuera, te besaría, Y no me menospreciarían. Yo te llevaría, te metería en casa de mi madre, Tú me enseñarías, Y yo te haría beber vino Adobado del mosto de mis granadas". Estábamos con él, pero él aún estaba en un aposento alto de la casa, y nosotros abajo, estábamos con él, pero aun así nos sentíamos ausentes de él, incluso cuando éramos los más cercanos a él.

De nuevo, hasta las más dulces visitas de Cristo, ¡qué cortas son! Cristo va y viene como un ángel, sus visitas son pocas y esporádicas para la mayoría de nosotros, y ¡oh! tan corto, ay, demasiado corto para la dicha. Un momento nuestros ojos lo ven, y nos regocijamos con gozo inefable y glorioso, pero de nuevo al poco tiempo no lo vemos, nuestro Amado se retira de nosotros, como un corzo o un cervatillo salta sobre la montaña de la división, ha vuelto a la tierra de las especias, y ya no se alimenta más entre los lirios,

***"Si hoy se digna bendecirnos
con un sentido de perdón del pecado,
mañana puede angustiarnos,
hacernos sentir el tormento por dentro".***

Oh, qué dulce la perspectiva del tiempo en que no lo veremos a la distancia, sino cara a cara. Hay un sermón en esas palabras, "cara a cara". Y entonces no lo veremos por un poco de tiempo, pero...

***"Millones de años, nuestros ojos maravillados,
recorrerán las bellezas de nuestro Salvador;
Y miradas de edades adoraremos,
Las maravillas de Su amor".***

¡Oh, si es dulce verlo de vez en cuando, qué dulce contemplar ese rostro bendito para siempre, y nunca tener una nube rodando entre ellos, y nunca tener que apartar la mirada para mirar un mundo de cansancio y dolor! ¡Benditos días! ¿cuándo vendrás, cuando nuestra compañía con Cristo será estrecha e ininterrumpida?

Y notemos, nuevamente, que cuando vislumbramos a Cristo, muchos intervienen para interferir. Tenemos nuestras horas de contemplación, cuando nos acercamos a Jesús, pero ¡ay! cómo el mundo interviene e interrumpe incluso nuestros momentos más tranquilos, la tienda, el campo, el niño, la esposa, la cabeza, quizás el mismo corazón, todos estos son intrusos entre nosotros y Jesús. Cristo ama la tranquilidad, no hablará a nuestras almas en la concurrida plaza del mercado, sino que dice: "Ven, amor mío, a la viña, ven a las aldeas, allí te mostraré mi amor".

Pero cuando vamos a las aldeas, he aquí el filisteo está allí, el cananeo ha invadido la tierra. Cuando seamos libres de todo pensamiento excepto el pensamiento de Jesús, la banda errante de pensamientos beduinos viene sobre nosotros, y se llevan nuestros tesoros y saquean nuestras tiendas. Somos como Abraham con su sacrificio, ponemos los pedazos listos para la quema, pero las aves inmundas vienen a darse un festín con el sacrificio que deseamos guardar para nuestro Dios y solo para Él. Tenemos que hacer como hizo Abraham, "Cuando las aves descendieron sobre el sacrificio, Abraham las ahuyentó".

Pero en el cielo no habrá interrupción, ningún ojo lloroso nos hará detener por un momento nuestra visión, ninguna alegría terrenal, ningún deleite sensual, creará una discordia en nuestra melodía, allí no tendremos campos para labrar, ni vestido para hilar, ni miembros cansados, ni angustia oscura, ni sed ardiente, ni dolores de hambre, ni llantos de duelo, no tendremos nada que hacer o pensar, sino contemplar para siempre ese Sol de justicia, con ojos que no pueden ser cegados, y con un corazón que nunca puede cansarse, yacer en esos brazos para siempre, durante toda una eternidad para ser estrechado contra su pecho, para sentir los latidos de su corazón siempre fiel, para beber de su amor, estar satisfecho para siempre con su favor, y lleno de la bondad del Señor! ¡Oh, si tan solo tuviéramos que morir para llegar a deleites como estos, la muerte es ganancia, es absorbida por la victoria!

Ni debemos apartarnos del dulce pensamiento de que debemos estar con Cristo donde él está, hasta que recordemos que, aunque a menudo nos acercamos a Jesús en la tierra, sin embargo, lo máximo que tenemos de él es solo un sorbo del pozo. A veces llegamos a los pozos de Elim y las setenta palmeras, pero cuando nos sentamos debajo de las palmeras, sentimos que es como un oasis. Mañana tendremos que estar pisando las arenas ardientes, con el cielo abrasador sobre nosotros. Un día nos sentamos y bebemos del manantial dulce y suave, mañana sabemos que tenemos que estar parados con los labios resacos sobre la fuente

de Mara, y clamando: "¡Ay, ay! es amargo, No puedo beberlo.

Pero, oh, en el cielo, haremos lo que dice el santo Rutherford, llevaremos la boca del pozo a nuestros labios y beberemos directamente de ese pozo que nunca se puede drenar, beberemos hasta llenar nuestras almas. De hecho, tanto de Jesús como lo finito puede contener lo infinito, recibirá el creyente. Entonces no lo veremos en un abrir y cerrar de ojos y luego lo perderemos, sino que lo veremos para siempre. No comeremos del maná que será como una cosa pequeña y redonda, una semilla de cilantro, sino que el maná con el cual nos alimentaremos serán montañas, las colinas anchas de alimento, allí tendremos ríos de delicia y océanos de alegría exultante.

Oh, es muy difícil para nosotros decir, con todo lo que podemos adivinar sobre el cielo, cuán grande, cuán profundo, cuán alto, cuán ancho es. Cuando Israel comió de esa hermosa rama que venía de Escol, adivinaron cómo serían los racimos de Canaán, y cuando probaron la miel, adivinaron cómo debía ser la dulzura. Pero garantizo que ningún hombre en todo ese ejército, tenía idea de cuán llena de fertilidad y dulzura estaba esa tierra, cómo los mismos arroyos corrían con miel, y las mismas rocas rebosaban de riquezas. Ninguno de nosotros que haya vivido lo más cerca posible de nuestro Maestro, puede formarse más que una mínima conjetura de lo que es estar con Él, donde Jesús está.

Ahora, todo lo que se necesita para ayudar a mi débil descripción de estar con Jesús es esto, si tienes fe en Cristo, solo piensa en este hecho, que en unos meses más sabrás más al respecto de lo que el mortal más sabio puede decir. Unos cuantos soles rodantes más, y tú y yo estaremos en el cielo. ¡Adelante, oh Tiempo! ¡vuela con tus alas más veloces! Unos pocos años más, y veré su rostro. Oh, ¿puedes decir, mi oyente, "veré su rostro"? Ven, canoso, acercándote a la meta de la vida, ¿puedes decir con confianza: "Yo sé que mi Redentor vive?" Si puedes decir eso, llenará tu alma de alegría. Nunca puedo pensar en ello sin conmovirme hasta las lágrimas. Pensar que esta cabeza llevará una corona, que estos pobres dedos tocarán las cuerdas del arpa del canto eterno, que este pobre labio, que ahora débilmente cuenta las maravillas de la gracia redentora, se juntará con querubines y serafines, y rivalizará con ellos en melodía. ¿No es demasiado bueno para ser verdad? ¿No parece a veces como si la misma grandeza del pensamiento abrumara nuestra fe?

Pero es verdad, y aunque es demasiado grande para que nosotros la recibamos, no es demasiado grande para que Dios la dé. Nosotros estaremos con él donde él esté. Sí, Juan, una vez reposaste tu cabeza sobre el seno de tu Salvador, y muchas veces te he envidiado, pero pronto tendré tu lugar. Sí, María, fue tu dulce deleite sentarte a los pies de tu Maestro, mientras Marta estaba agobiada con su mucho servicio. Yo también estoy demasiado estorbado con este mundo, pero dejaré los cuidados de mi Martha en la tumba, y me sentaré a escuchar la voz de tu Maestro. Sí, oh esposa, pediste ser besada con los besos de sus labios, y lo que pediste, la pobre humanidad aún lo verá.

Y los más pobres, los más humildes y los más analfabetos de vosotros, que habéis confiado en Jesús, aun acercarás tus labios a los labios de tu Salvador, no como lo hizo Judas, sino con un verdadero “¡Salve, Maestro!” lo besarás. Y entonces, envueltos en los rayos de su amor, como una estrella opaca se eclipsa en la luz del sol, así os hundiréis en el dulce olvido del éxtasis, que es la mejor descripción que podemos dar de los gozos de los redimidos. “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, estén conmigo”. Ese es el gozo más dulce del cielo, estar con Cristo.

Ahora la siguiente oración es, “para que vean mi gloria que me has dado”. Este es la ocupación más dulce del cielo. No dudo que hay muchos gozos en el cielo que amplificarán el gran gozo con el que acabamos de empezar. Confío en que el encuentro de amigos difuntos, la compañía de apóstoles, profetas, sacerdotes y mártires, amplificará la alegría de los redimidos. Pero aún el sol que les dará mayor luz a su gozo, será el hecho de que estén con Jesucristo y contemplar su rostro. Y ahora puede haber otros empleos en el cielo, pero el mencionado en el texto es el principal: “Para que contemplen mi gloria”. ¡Oh, por la lengua de ángel! ¡Oh por el labio de los Querubines! ¡por un momento para representar las poderosas escenas que el cristiano contemplará cuando vea la gloria de su Maestro, Jesucristo!

Déjanos pasar como en un panorama ante tus ojos las grandes escenas de gloria que contemplarás después de la muerte. En el momento en que el alma se aparte de este cuerpo, contemplará la gloria de Cristo. La gloria de su persona será lo primero que llamará nuestra atención. Allí se sentará en medio del trono, y nuestros ojos serán primero cautivados por la gloria de su aparición. Quizá nos quedemos asombrados. ¿Es este el rostro que estaba más desfigurado que el de cualquier hombre? ¿Son estas las manos que alguna vez rasgaron el hierro tosco? Es esa la cabeza que una vez fue coronada de espinas. ¡Oh, cómo aumentará nuestra admiración, y aumentará, y aumentará hasta el punto más alto, cuando veamos al que fue...

***“El Hombre cansado y lleno de aflicciones
El Hombre humilde ante Sus enemigos,
ahora ¡Rey de reyes y Señor de señores!”***

¡Qué! ¿Son esos ojos que lanzan fuego los mismos ojos que una vez lloraron por Jerusalén? ¿Están esos pies calzados con sandalias de luz, los pies que una vez fueron desgarrados por los acres de pedernal de Tierra Santa? ¿Es ese el hombre, que lleno de cicatrices y magulladuras fue llevado a su tumba? Sí, es él. Y eso atraparà nuestros pensamientos: la divinidad y la humanidad de Cristo, el hecho maravilloso de que él es Dios sobre todo bendito por los siglos, y sin embargo hombre, hueso de nuestros huesos, carne de nuestra carne. Y cuando por un instante hemos notado esto, no dudo que la próxima gloria que veremos será la gloria de Su

entronización.

Oh, cómo se detendrá el cristiano al pie del Trono de Su Maestro, y mirará hacia arriba y si pudiera haber lágrimas en el Cielo, lágrimas de rico deleite rodarán por sus mejillas cuando mire y vea al Hombre entronizado. "Oh", dice él, "muchas veces solía cantar en la tierra, ¡Corónalo! ¡Corónalo! ¡Corónalo! ¡Rey de reyes y Señor de señores!" Y ahora lo veo, por esas colinas de luz gloriosa que mi alma no se atreve a subir. ¡Allí, allí se sienta! Como luz insoportable aparecen sus vestidos en la oscuridad. Millones de ángeles se inclinan a su alrededor. Los redimidos ante su trono se postran con éxtasis. ¡Ay! no deliberaremos muchos momentos, sino que tomando nuestras coronas en nuestras manos ayudaremos a aumentar esa pompa solemne, y arrojando nuestras coronas a sus pies, uniremos el cántico eterno: "Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados en Su sangre, a Él sea la gloria por los siglos de los siglos".

¿Te imaginas la magnificencia del Salvador? ¿Puedes concebir cómo tronos y príncipes, principados y potestades, todos esperan a su entera disposición? No puedes decir lo bien que la tiara del universo se ajusta a su frente, o cómo la púrpura real de todos los mundos ciñe sus hombros, pero cierto es que, desde el más alto cielo hasta el más profundo infierno, él es el Señor de los señores, desde el más lejano oriente hasta el más remoto occidente, él es el amo de todo. Los cantos de todas las criaturas encuentran su foco en él. Él es el gran depósito de alabanza. Todos los ríos desembocan en el mar, y todos los aleluyas vienen a él, porque Él es el Señor de todo. Oh, esto es el cielo, es todo el cielo que deseo, ver a mi Maestro exaltado, porque esto a menudo ha fortalecido mis lomos cuando he estado cansado, ya menudo fortalecido mi coraje cuando he estado débil. "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra".

Y entonces el creyente tendrá que esperar un poco de tiempo, y entonces verá cosas aún más gloriosas. Después de algunos años, verá las glorias de los últimos días. Se nos dice en la profecía que este mundo se convertirá en el dominio de Cristo. En la actualidad reinan la idolatría, el derramamiento de sangre, la crueldad y la lujuria. Pero se acerca la hora en que este establo de Augías, será purificado de una vez y para siempre. Cuando estas enormes ruinas de Aceldama, aún se conviertan en el templo del Dios viviente. Creemos que, en estos tiempos, Cristo con pompa solemne descenderá del cielo para reinar sobre esta tierra.

No podemos leer nuestras Biblias y creerlas literalmente, sin creer que vendrán días brillantes, cuando Cristo se sentará en el trono de su padre David, cuando tendrá su corte en la tierra y reinará gloriosamente entre sus antepasados. Pero, oh, si es así, tú y yo lo veremos, si pertenecemos al número feliz, que ha puesto su confianza en Cristo. Estos ojos verán esa apariencia pomposa, cuando él se pondrá de pie en el último día sobre la tierra. "Mis ojos lo verán a él, y no los de otro".

Casi podría llorar al pensar que he perdido la oportunidad de ver a Cristo crucificado en la tierra. Creo que los doce apóstoles fueron muy favorecidos, pero cuando veamos aquí a nuestro Salvador, y sea como nuestra cabeza, pensaremos que todas las deficiencias se suplen con el eterno peso de la gloria. Cuando desde el centro hasta los polos, toda la armonía de este mundo sea dada en su alabanza, estos oídos lo oirán, y cuando todas las naciones se unan al grito, esta lengua también se unirá al grito. Felices los hombres y las felices mujeres que tienen tal esperanza, para contemplar la gloria del Salvador.

Y luego, después de eso, una pequeña pausa. Mil años seguirán su ciclo dorado, y luego vendrá el juicio. Cristo, con sonido de trompeta, con gran pompa, descenderá del cielo; los ángeles formarán su guardaespaldas, rodeándolo por ambos lados. Los carros del Señor son veinte mil, incluso miles de ángeles. Todo el cielo se vestirá de maravillas. Los prodigios y los milagros serán tan abundantes y abundantes como las hojas de los árboles. La tierra se tambaleará al paso del Omnipotente, los pilares de los cielos se tambalearán como borrachos, bajo el peso del esplendor eterno, el cielo se mostrará en el cielo, mientras que en la tierra todos los hombres estarán reunidos.

El mar entregará sus muertos, los sepulcros darán sus moradores, del cementerio, y del cementerio, y del campo de batalla, los hombres se levantarán por millares, y todo ojo le verá, y los que le han crucificado. Y mientras el mundo incrédulo llorará y se lamentará a causa de él, buscando esconderse del rostro del que está sentado en el trono, los creyentes se adelantarán y, con cantos y sinfonías corales, se encontrarán con su Señor. Entonces serán arrebatados juntamente con el Señor en el aire, y después que él haya dicho: "Venid, benditos", se sentarán en su trono para juzgar a las doce tribus de Israel, ellos tomarán sus asientos como asesores en ese terrible banco de juicio, y cuando al final diga: "Apartaos, malditos", y su mano izquierda abra la puerta del trueno, y desate las llamas de fuego, exclamarán: "Amén".

Y cuando la tierra se desvanezca y los hombres se hundan en su destino designado, ellos, al ver con alegría el triunfo de su Maestro, gritarán una y otra vez el grito de victoria: "¡Aleluya, porque el Señor Dios ha triunfado sobre todo!".

Y para completar la escena, cuando el Salvador ascienda a lo alto por última vez, todas sus victorias completadas y la muerte misma muerta, Él, como un poderoso conquistador a punto de cabalgar por las calles luminosas del cielo, arrastrará las llantas de su carruaje sobre el infierno y la muerte. Tú y yo, asistentes a Su lado, gritaremos el Vencedor a Su trono y mientras los ángeles baten sus alas brillantes y claman, "la obra del Mediador ha terminado", tú y yo,

***"Más fuerte de lo que todos cantarán
mientras suenan las resonantes mansiones del cielo,***

con gritos de gracia soberana".

Contemplaremos su gloria. Imagina cualquier esplendor y magnificencia que te plazca, si puedes concebirlo correctamente, lo contemplarás.

Ves gente en este mundo corriendo por las calles para ver a un rey o una reina cabalgar a través de ellas. Cómo suben a los tejados de sus casas para ver a algún guerrero regresar de la batalla. ¡Ay! ¡qué pequeñez! ¿Qué es ver un pedazo de carne y hueso, aunque esté coronado de oro? Pero ¡ay! qué es ver al Hijo de Dios con los más altos honores del cielo para asistirlo, entrando por las puertas de perlas, mientras el vasto universo resuena con "¡Aleluya! porque el Señor Dios Omnipotente reina".

Debo terminar notando el último punto, que es este. En la oración de nuestro Salvador también se incluye el mayor privilegio del cielo. Tenga en cuenta que no solo debemos estar con Cristo y contemplar su gloria, sino que debemos ser como Cristo y ser glorificados con él. ¿Es brillante? Así serás. ¿Está entronizado? Así serás. ¿Lleva corona? Tú también. ¿Es un sacerdote? Así serás sacerdote y rey para ofrecer sacrificios aceptos para siempre. Tenga en cuenta que en todo lo que Cristo tiene, un creyente tiene una parte. Esto me parece ser la suma total y la culminación de todo: reinar con Cristo, montar en su carro triunfal y tener una parte de su gozo, ser honrado con él, ser aceptado en él, ser glorificado con él. Esto es el cielo, esto es el cielo de verdad.

Y ahora, ¿cuántos de ustedes están aquí, que tienen alguna esperanza de que esta sea su suerte? Bien dijo Crisóstomo: "Las penas del infierno no son la mayor parte del infierno; la pérdida del cielo es el mayor dolor del infierno". Perder la vista de Cristo, la compañía de Cristo, perder la contemplación de sus glorias, esto debe ser la mayor parte de la condenación de los perdidos.

Oh, vosotros que no tenéis esta brillante esperanza, ¿cómo es que podéis vivir? Estás atravesando un mundo oscuro, hacia una eternidad más oscura. Te suplico que te detengas y hagas una pausa. Considera por un momento si vale la pena perder el cielo por esta pobre tierra. ¡Qué! empeñar glorias eternas por los penosos peniques de unos pocos momentos de los goces del mundo. No, detente, te lo suplico, considere el trato antes de aceptarlo. ¿De qué te sirve ganar el mundo entero y perder tu alma, y perder un cielo como este? Pero en cuanto a ustedes que tienen una esperanza, les ruego que la retengan, vivan en ella, se regocijen en ella...

***"Una esperanza tan Divina,
que las pruebas resistan bien,***

***que limpie tu alma del sentido y del pecado,
como Cristo el Señor es puro”.***

Vive cerca de tu Maestro ahora, y así tus evidencias serán brillantes. Y cuando vengáis a cruzar el diluvio, lo veréis cara a cara y lo que es eso, sólo lo pueden decir quienes lo disfrutaron cada hora.

EstudiaLaPalabra.org